



El regreso a casa: la sorprendente historia de los caballos en América

Posted on Septiembre 26, 2026

El ADN y la arqueología confirman lo que las tradiciones orales indígenas llevaban siglos contando: los pueblos nativos de Norteamérica montaban a caballo mucho antes de lo que la historia oficial ha reconocido.

Cuando Cristóbal Colón zarpó en su segundo viaje hacia las Américas en el otoño de 1493, al frente de diecisiete naves y más de mil colonos, llevaba en sus bodegas un cargamento que terminaría transformando para siempre el continente: vacas, ovejas y caballos. Durante generaciones, la narrativa oficial sostuvo que estos animales eran una introducción europea en un ecosistema que nunca los había conocido. La ciencia, sin embargo, ha demostrado que esa versión estaba incompleta —y en parte, equivocada.

Un regreso, no una invasión

El registro fósil es contundente: el género *Equus*, al que pertenecen los caballos actuales, evolucionó en Norteamérica hace millones de años. Una combinación de cambios climáticos drásticos y la caza intensiva por parte de los primeros humanos provocó su extinción en el continente hace unos 10.000 años. Así que cuando las naves españolas desembarcaron sus corceles en las Islas Vírgenes y La Española, no estaban trayendo una especie ajena a un mundo nuevo, sino devolviendo al caballo a la tierra donde había nacido.

El trayecto, eso sí, distó mucho de ser sencillo. Las travesías atlánticas se extendían durante semanas, y los caballos exigían agua, forraje y espacio a bordo en cantidades considerables. Por eso los españoles priorizaron ejemplares pequeños y resistentes, capaces de sobrevivir el viaje y adaptarse rápido tanto a la silla como a la carga.

Aquel desembarco inauguró el llamado Intercambio Colombino. Hasta ese momento, los pueblos indígenas de América no contaban con grandes animales de carga: apenas el perro y, en los Andes, la llama. La reaparición del caballo significó una transformación radical en lo tecnológico, lo militar y lo cotidiano. Hernán Cortés introdujo los primeros ejemplares en México en 1519, y hacia 1538 ya había caballos españoles en lo que hoy es Florida.

Lo que la ciencia le debía a las tradiciones orales

Durante décadas, la historiografía occidental fijó 1680 como el punto de partida de la “cultura del caballo” en las Grandes Llanuras: el año en que, tras la rebelión liderada por el líder Popé, los pueblos indígenas expulsaron temporalmente a los colonos de Nuevo México y se hicieron con miles de animales abandonados.

Pero las tradiciones orales de comanches, pawnee y lakota narraban algo distinto: que ya cabalgaban mucho antes de cruzarse con el hombre blanco. Un estudio publicado en 2023 en la revista *Science* —fruto del trabajo conjunto de más de 80 investigadores, entre genetistas, arqueólogos y científicos indígenas— les dio la razón. El análisis de ADN y la datación por radiocarbono de restos hallados en museos de Idaho a Kansas mostraron que los caballos ya formaban parte plena de la vida indígena a comienzos del siglo XVII, décadas antes de la revuelta de 1680.

¿Cómo se explica esa velocidad de propagación? A través de extensas redes de comercio intertribal. Muchos caballos escapaban de los campamentos españoles o eran intercambiados entre tribus, avanzando hacia el norte a un ritmo muy superior al de los propios colonizadores. Esos animales fugitivos se asilvestraron y se multiplicaron en las llanuras, dando origen a los célebres mustangs. Las naciones indígenas no solo los domesticaron: reorganizaron su forma de vida entera alrededor de ellos, dando forma a una cultura ecuestre que redefinió la caza del bison y la guerra en la región. Con el tiempo, además, el ADN de estos caballos pasó de un origen puramente ibérico a mezclarse con líneas británicas, un reflejo genético del declive del imperio español frente al avance de las colonias anglosajonas.

El pony que desafía el relato oficial

Hay una raza, sin embargo, que pone en jaque incluso esa cronología revisada: el caballo Ojibwe Spirit, también llamado pony indio Lac La Croix, considerado la única raza equina autóctona de Canadá.

La pintora anishinaabe Rhonda Snow ha dedicado buena parte de su vida a documentar y preservar esta raza en peligro de extinción. De niña, en el noroeste de Ontario, escuchó a los ancianos de su comunidad hablar de pequeños caballos resistentes que vivían en libertad en el bosque boreal. “Pensé para mí misma, algún día los encontraré”, recordó Snow. Con los años recorrió comunidades indígenas recogiendo relatos sobre el vínculo recíproco entre estos animales y los pueblos originarios, que los consideraban guías y maestros —como los pescadores métis, que en invierno usaban a los caballos para abrir agujeros en el hielo de los lagos a cambio de refugio y comida, señala en su artículo la BBC.

Perseguidos casi hasta la extinción por colonos que veían en los animales salvajes una molestia, para 1977 solo quedaban cuatro yeguas de esta raza, aisladas en una isla del lago La Croix. Cuando las autoridades sanitarias canadienses planearon sacrificarlas por considerarlas un riesgo, cuatro hombres ojibwe organizaron un rescate casi cinematográfico: reunieron a las yeguas, las cruzaron sobre el lago congelado en un remolque y las llevaron hasta Minnesota, donde fueron cruzadas con un mustang español. De ese rescate desciende la población actual, unos 180 ejemplares, ya de regreso en territorio canadiense.

Una teoría que aún se discute

Las historias que Snow fue recopilando chocan con el relato convencional, según el cual los caballos se extinguieron en América durante la última glaciación y no regresaron hasta la llegada europea. Las narrativas orales indígenas —y ciertas líneas de investigación aún cuestionadas por la ciencia convencional— sostienen otra cosa: que el caballo nunca desapareció del todo de lo que llaman la Isla Tortuga.

La investigadora Yvette Running Horse Collin, por ejemplo, cita documentos españoles que ubican manadas de caballos en zonas de Georgia y las Carolinas ya en 1521, apenas dos años después de que Cortés introdujera los primeros ejemplares en México. Para Collin, es materialmente imposible que esos caballos se hubieran reproducido y desplazado tan lejos en tan poco tiempo, lo que sugeriría una presencia previa a la llegada europea. En la misma línea, la Sociedad de Caballos Ojibwe sostiene que las pruebas de ADN sitúan a esta raza como una línea genética separada de los caballos traídos por los colonizadores.

La embajadora cultural Maggie Downer, de la nación mohawk, describe a los ejemplares actuales: pelaje invernal denso, cuerpos compactos y musculosos, crines abundantes, orejas pequeñas y cubiertas de pelo, y aletas nasales adaptadas al frío extremo. Entre ellos destaca Migzi, un semental de dos años que exhibe las marcas distintivas de la raza: rayas tipo tigre en las patas y una franja dorsal marcada a lo largo del lomo.

Para Downer, estos animales cumplen hoy un papel simbólico. “Esta raza enfrentó muchos de los mismos desafíos que enfrentamos como pueblos indígenas: la erradicación”, explica. “Pero los caballos son muy

resistentes y tienen mucho que enseñarnos.”

El Maipo